

Seix Barral Biblioteca Breve

Matilde Sánchez

El Dock



Seix Barral Biblioteca Breve

Matilde Sánchez

El Dock

江苏工业学院图书馆
藏书章

Sánchez, Matilde

El dock.- 1ª ed.- Buenos Aires : Seix Barral, 2004.
256 p. ; 23x14 cm.

ISBN 950-731-403-2

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

Diseño de colección:
Josep Bagà Associats

© 1993, Matilde Sánchez

© 1993, Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.
Primera edición: febrero de 1993

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para América Latina:

© 2004, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Seix Barral
Independencia 1668, C1100ABQ Buenos Aires
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: 2.000 ejemplares

ISBN 950-731-403-2

Impreso en Talleres Gráficos Leograf S.R.L.,
Rucci 408, Valentín Alsina,
en el mes de agosto de 2004

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido
el diseño de la cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea eléctrico, químico, mecánico,
óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

El Dock

Para V.

PRIMERA PARTE

Años atrás en el Dock, no podría decir cuántos años hace exactamente, comenzó una historia. En verdad, dos historias o tres, quizá más historias, una historia por cada uno de nosotros. La cronología ordena que todo ocurrió hace no más un par de años, que se trata de un pasado reciente que aún gravita sobre la realidad inmediata. Sin embargo, yo creo que no es así porque en el recuerdo es como si todo hubiera ocurrido en otro tiempo, en otro lugar y a otras personas, mientras que a veces parece ayer mismo. En cualquier caso, todo está sujeto a la emoción, teñido por ella, y la emoción sigue en el presente mientras los hechos pierden nitidez y se confunden en una materia indistinguible y viscosa.

En un pasado impreciso anterior a los hechos, uno de los barrios más olvidados de la ciudad era el Dock. Después, los sucesos de ese mes de enero, que no fueron esclarecidos, y lo más probable es que no lo sean nunca, trastornaron la rutina militar y civil del sector y de pronto, por algunas horas, convirtieron el Dock en el centro del mundo. Durante algunos días no existió en nuestras vidas más que el Dock, que luego se replegó en la vaguedad que envuelve al pasado. No obstante, para mí nada sería igual después de los incidentes del Dock, mejor di-

cho, del atentado al Dock, ni lo será, pero no por sus alcances políticos sino por sus consecuencias personales. Ahora todo ha cambiado y el lugar apenas es reconocible. Aunque lo recordemos bien, prefiero reconstruir una vez más el escenario porque nunca es tarde para descubrir que uno se ha olvidado algún detalle revelador en el ámbito barroco y a la vez mezquino de la memoria.

En el extremo sur del Dock había un rectángulo de vegetación agreste cercado de alambre de púas y torres de vigilancia. También había torres en uno de los lados más anchos del perímetro, el que da al río y su franja rellena de basura y cascotes. Nadie en sus cabales habría querido utilizar esa playa pero de todos modos las autoridades insistían en el control, como si alguna amenaza pudiera provenir de esa franja baldía de arena y desperdicios. Alrededor del rectángulo los carteles advertían que los centinelas abrirían fuego ante cualquier movimiento sospechoso, aunque de hecho los vehículos preferieran acelerar para dejar atrás el destacamento del Dock lo más pronto posible. En el centro del terreno se levantaban las instalaciones militares.

Frente al destacamento se encontraba la refinería de petróleo, esto es, también de espaldas al río. Asombra la estupidez original en la elección del lugar, sea por parte de quienes montaron la refinería o de los planificadores del destacamento, dado que cualquier anomalía, cualquier incidente más o menos considerable en el destacamento habría puesto en peligro a toda la población del barrio del Dock en caso de encender las reservas de combustible de la refinería. Lo mismo puede decirse de ésta. Cualquier equivocación humana de escasa magnitud en la refinería habría hecho estallar el destacamento entero como un polvorín. Fue tal el

grado de imbecilidad, tal la perfección de la imbecilidad, que se diría un error deliberado.

Sin embargo, esta historia no comienza en el Dock sino entre cuatro paredes, en la ciudad, en un departamento de la ciudad donde hemos sintonizado las imágenes de televisión transmitidas desde el Dock. Un hombre, Kim, está acostado en mi cama. Las sábanas revueltas obedecen al calor insoportable de la tarde. Domingo de enero en la ciudad. Cualquiera sabe lo que eso significa.

Kim es asiático, como él suele definirse. Cuando habla de su nacionalidad, prefiere nombrar una región antes que a su país, al hogar común de todos los seres de ojos rasgados. Su origen explica la mirada vacía frente al aparato, cierta relajación comprensible en alguien que siempre está un poco en otra parte porque no siempre comprende lo que ocurre a su alrededor. Digamos de Kim que es una buena persona, el coreano es una muy buena persona. En realidad, todos los personajes de esta historia han sido buenas personas, o al menos eso es lo que pensamos de nosotros mismos más allá de cómo nos revelen los hechos que se sucederán en esos meses.

Dije que Kim estaba en mi cama. Yo me había envuelto en la bata y traía tazas de té. A Kim le gustaba verme traer el té vistiendo una bata mientras él miraba televisión porque la escena, decía, le recordaba una de esas comedias conyugales, en este caso una comedia costumbrista sobre un matrimonio mixto. Y a mí no me molestaba hacerlo porque nos turnábamos —una vuelta de té o café cada uno—. Atención democrática, decía Kim con esa sonrisa china, esa clase de tic entre servil y franco que sólo se ve entre los asiáticos. De todas formas, como hacía tanto calor enseguida me saqué la bata

y me puse unas bermudas y una remera. Kim dijo que no pensaba vestirse y yo no le respondí. El calor justificaba que siguiéramos acostados, desnudos o casi.

Hacía largo rato que no encendíamos el televisor ni la radio, seguramente desde la noche anterior, cuando habíamos estado mirando películas alquiladas. Puede decirse que desde hacía muchas horas no sabíamos nada del mundo exterior. Kim permanecía absorto en las imágenes televisivas. Podía tratarse de un documental o un noticiario extranjero. En manos del camarógrafo, la cámara saltaba y temblaba, mientras descubría una parcela de parque incendiado y un edificio rectangular en llamas. El locutor comenzó a hablar, balbuceaba incoherencias sobre lo que había ocurrido. Sólo al reconocer su voz me di cuenta de dónde transcurrían los hechos. Le dije a Kim que eso era en nuestro país, precisamente a las puertas de Buenos Aires. Nos preguntamos qué cosa grave podía haber pasado en tan pocas horas. Los demás canales informaban sobre el episodio, un grupo de rebeldes había atacado el destacamento del Dock, sin que todavía se hubiera conseguido determinar el origen de los atacantes ni la naturaleza del hecho. Volvimos al canal anterior. No queríamos oír toda la perorata incierta sobre el Dock sino ver lo que sucedía. Ahora la cámara abandonaba el parque y por un camino entre la vegetación chamuscada, se dirigía a uno de los patios laterales del gran edificio. Los muros mostraban el daño de las balas. El Casino de Oficiales, el cuadrado de ladrillos ubicado a la derecha, había sido destruido y una columna de humo oscuro ascendía desde lo que quedaba del techo de tejas. Por todas partes había fragmentos oscuros, al parecer de caucho humeante, quizá neumáticos

que los atacantes habían empleado como parapetos o barricadas. La cámara se acercó a otra de las veredas y el locutor dijo que se divisaba claramente el cuerpo de una mujer.

El cuerpo de una mujer ahí, una presencia anormal y por completo discordante en el universo masculino del destacamento, incluso en la sociedad ideal de posibles rebeldes y atacantes de destacamentos, una presencia que después de todo no era ilógica sino apenas desacostumbrada. La participación de una mujer, aunque no pareciera advertirlo ninguno de los periodistas que se horrorizaban como si nunca hubieran visto una cosa semejante, cambiaba por completo el signo del ataque. Debido a esa mujer, muy pronto los rebeldes serían llamados terroristas, porque en la historia de los conservadores no hay un precedente de mujeres kamikaze.

El cuerpo estaba tendido en la vereda. El alero del Casino de Oficiales, destruido casi por completo, proyectaba su sombra lineal sobre el tronco, los brazos y la cabeza pero el sol iluminaba de lleno las piernas y las manos. Era delgada, o lo parecía en esa pose, y joven, de unos treinta años. El cuerpo estaba boca arriba, vestía una remera a rayas blancas y rojas y un pantalón oscuro. Pero de todos modos la ropa estaba quemada y tenía restos de neumático pegados a la piel. El locutor dijo que era una de las combatientes. Viéndose cercada, activó la granada que llevaba en la mano (era muy habitual, creyó necesario agregar, que los individuos comprometidos en estas actividades llevaran consigo los medios para su propia destrucción). Hablaba de ella como si estuviera muerta, quizá porque se ignoraba su identidad. “Esta mujer —dijo— optó por su propio exterminio.”

Pero de pronto, mientras la cámara se aproximaba al cuerpo sin el menor pudor, como si quisiera penetrar en los cortes, las quemaduras, la carnicería que nunca pierde su evocación de sacrificio cristiano, para examinar esa muerte con su ojo obscuro, vimos que se movía. El cuerpo, un caos de miembros inconexos, se había movido sólo un poco, un deslizamiento casi imperceptible. Ahora tenía la pierna derecha cruzada en un ángulo recto sobre la izquierda, cuyo pie había quedado torcido hacia adentro, sin duda a causa de las múltiples fracturas en la pierna. La cara estaba vuelta hacia el edificio. El pelo, oscuro y largo, estaba extendido sobre la vereda, salvo por un mechón lacio que le cruzaba la cara. Estaba inmóvil, con los ojos abiertos, muerta, o bien miraba fijamente los ladrillos en la fachada de la construcción. Los brazos habían ido abriéndose como aspas y una de las manos parecía señalar a la pared, mientras la otra, con la muñeca dislocada, estaba vuelta contra los ojos.

Kim observó que la mujer le recordaba a las vietnamitas moribundas que había visto en los documentales históricos.

Antes yo siempre había imaginado que el cuerpo no tardaba tanto en morir, que ser tocado en lugares muy precisos equivalía a una muerte fulminante. Por el contrario, asistíamos a otro combate en el cuerpo de esa desconocida, entre las fuerzas que insistían en continuar y las fuerzas que querían cesar.

¿Intentaba protegerse de la luz con el dorso de la mano?, un gesto inútil y casi risible, ¿o bien a través de los dedos procuraba mirar el sol y las copas soleadas de las casuarinas, las casuarinas habituales en el Delta y trasplantadas al Dock, vaya a saber por quién y cuándo? La vimos moverse una vez